

ZULET



Todos zombis

MARÍA MAIZKURRENA

Un asalariado que no cobra es una pura paradoja, lo mismo que un muerto viviente



EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

Espectáculo de luz y sonido

Maruja Torres la llamó 'La boda del siglo (pasado)' y Animalario la satirizó en 'Alejandro y Ana, lo que España no pudo ver del banquete de boda de la hija del presidente'. Lo sorprendente es que sigamos con ello. España no pudo ver el banquete pero luz sí había. Ahora resulta que los 'amigüitos' Gürtel (para los más jóvenes, la diéresis es un homenaje a Locomotor) no solo pagaron la iluminación sino también el sonido. Vale que lo que vamos descubriendo no son

grandes escándalos, pero si ya en su día la boda fue lamentable desde el punto de vista político y risible desde cualquier consideración estética, el dinerillo bigotil está terminando de completar el desastroso cuadro de una boda que dinamitó cualquier criterio de sobriedad y finura. Al Escorial añadimos el sitio del convite: Carpa del Rey. Cielos, parece un escenario de 'Juego de tronos'. Pero lo mejor es la luz y el sonido. Un espectáculo de luz y sonido, como en Abu Simbel.

EN PRIMER PLANO

RECEP TAYYIP ERDOGAN
PRIMER MINISTRO DE TURQUÍA



Sordo a las protestas. El dirigente turco pidió ayer calma tras el turbulento fin de semana que ha vivido el país. Erdogan insistió además a los turcos a no alarmarse por las manifestaciones que, ha afirmado, están organizadas «por elementos extremis-

tas». «Calma, relax, todo esto pasará», dijo en una rueda de prensa en el aeropuerto de Estambul, antes de viajar a Marruecos para una visita oficial. Minimizar o aplastar la contestación al autoritarismo del poder puede resultar la peor de las respuestas.

JOSÉ IGNACIO MUNILLA
OBISPO DE SAN SEBASTIÁN



Religión en las aulas. El debate sobre la presencia de la religión en el currículo escolar alcanzó una nueva dimensión ayer. El obispo de San Sebastián denunció que algunos padres y madres han sido objeto de «coacciones», por parte de algunos cen-

tros escolares y asociaciones, para que no matriculen a sus hijos en Religión en la escuela pública vasca. Optar por esta asignatura –o no– es una elección que los padres tienen que poder hacer de acuerdo con sus principios, en libertad y sin ningún tipo de presión.

Transparencia

LORENZO SILVA

La noticia, qué le vamos a hacer, ya no la leemos como la leíamos hace unos años. De hecho, hace años, ni siquiera habría sido noticia. El caso es que en el primer trimestre del año los partidos políticos han recibido 13 millones de euros en subvenciones. Cuando decimos 13 millones de euros, que con estas magnitudes tendemos a despistarnos, queremos decir 2.160 millones de las antiguas pesetas. Multiplicado por cuatro, casi 9.000 al año. Y esto no agota, ni mucho menos, la financiación que reciben los partidos con cargo al erario público.

No vamos a entrar a discutir si es mucho o poco, ni si han de ser los impuestos de todos los españoles, y no las cuotas de los correligionarios, los que sostengan, más allá de la holgura que dichas cuotas permitan, la subsistencia de cualquier organización

política, social, religiosa o de otra índole. No es esa hoy la cuestión, aunque bien pudiera serlo para otro día. La cuestión es la necesidad, irrenunciable en las actuales circunstancias, de que esos 13 millones de euros (o 2.160 millones de pesetas) sepamos exactamente en qué y cómo se gastan, y podamos comprobar que están justificados hasta el último céntimo de euro (o de peseta). Cosa que por ahora, con el deficiente y retardado control de las cuentas de los partidos, es imposible.

Todo lo que sufraga hoy el contribuyente corre a cargo de un pagano empobrecido al que no le salen las cuentas y al que, en el arduo empeño de cuadrarlas, se le recortan pensiones, sanidad, enseñanza, dependencia, cultura, servicios sociales y, en general, todo lo que antaño proveía el estado de bienestar.

En ese contexto, enterarse por ejemplo de que a la contrata del bar del Congreso se le impone tener una amplia oferta de bebidas alcohólicas de alta graduación a disposición de sus señorías (que se supone que van allí a ejercer tarea tan grave y delicada como representarnos), con precios subvencionados, es algo más que una anécdota, y así lo evidencia la ira, comprensible y justificada, pese a quien pese, que semejante hallazgo provocó en el personal. No es solo que en los alrededores de la carrera de San Jerónimo no escaseen, precisamente, los lugares donde poder pagarse una copa; lo que está fuera de lugar es que en esos menesteres sigan yéndose los dineros del contribuyente.

Cuentas transparentes, y poder responder de todos y cada unos de los gastos que las integran. La opacidad y la despreocupación con que se ha funcionado hasta aquí, desde la jefatura del Estado hasta el último cargo político, son y han de ser cosa del pasado. Procurar una transparencia efectiva, y no un mero paripé, es algo más que una deferencia por parte de quienes manejan nuestros asuntos. Es la exigencia ética mínima que les incumbe si quieren seguir compareciendo ante nosotros.

En tiempos de cambio y zozobra, el lenguaje, ese gran campo de fluctuaciones, tiene que adaptarse a inusuales excrecencias de lo real.

Ahora los trabajadores que trabajan pero no cobran reciben el nombre de 'trabajadores zombis'. No se incluye aquí a quienes trabajan cuidando de otras personas, organizando, gestionando, haciendo diferentes tareas dentro de la familia. No, esas personas, con frecuencia bastante 'zombificadas', ya sabemos que no cobran ni van a cobrar como no sea en especie. El nombre se destina a los asalariados que no reciben su salario pero siguen yendo a trabajar, a ver si la cosa se arregla, a ver si las cosas vuelven a su cauce. Un asalariado que no cobra es una pura paradoja, lo mismo que un muerto viviente. Le mantiene activo su deseo, más que su esperanza, de que todo vuelva a esa normalidad que creíamos regida por una ley cósmica inmutable pero que se ha derretido. En su lugar aparecen toda clase de fenómenos extraños. Por ejemplo, la fiebre de las administraciones públicas por cortar gastos tiene efectos perversos. Más que un sano propósito es una enfermedad. Siempre se corta por el mismo sitio (la base) y con la furia de reducir gastos se esfuman las inversiones. Los dos millones de euros que la Sanidad vasca ha tenido que pagar en indemnizaciones hubieran estado mejor invertidos en puestos de trabajo para evitar en lo posible las condiciones que dan lugar a las negligencias. Los asalariados que trabajan en un intento desesperado de salvar la empresa en la que no cobran son tan solo una de las paradojas de este tiempo en que lo absurdo y lo insostenible se nos quiere ofrecer como nueva normalidad. He conocido ya varios trabajadores zombis y el final de la historia suele ser que acuden al Fondo de Garantía Salarial, que no da abasto. Aguantan todo lo que pueden por la sencilla razón de que no encuentran otra cosa. Todo el mundo aguanta, todos aguantamos bajo algún paraguas que aguanta o que está a punto de ceder mientras arrecia el aguacero. Nos quejábamos de los sueldos de 1.000 euros y ahora nos quieren convencer de que un sueldo de 500 es normal, salvo para políticos, altos directivos y altos funcionarios. Alguien se está pasando de la raya y la cuerda se está tensando mucho. Un mes después de que se creara la Sareb (Sociedad de Gestión de Activos de la Reestructuración Bancaria), algo así como el banco malo español, nos enteramos de que los 15 miembros del consejo de administración habían ganado ya, ellos solitos, 142.917 euros. La convergencia con Europa está resultando otro contradiós en el que los países del sur tienen que sacrificarlo todo, salvo los sueldos de los que cobran mucho, en tanto otros muchos hacen como que cobran. Vamos y venimos. Damos vueltas. Este es un mundo de zombis. Igual lo ha sido siempre.